

[https://www.laciviltacattolica.es/2021/12/24/edith-stein-y-el-misterio-de-la-navidad/?utm\\_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm\\_campaign=3c8cde117c-EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023&utm\\_medium=email&utm\\_term=0\\_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t\(EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023\)](https://www.laciviltacattolica.es/2021/12/24/edith-stein-y-el-misterio-de-la-navidad/?utm_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm_campaign=3c8cde117c-EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023&utm_medium=email&utm_term=0_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t(EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023))



## EDITH STEIN Y EL MISTERIO DE LA NAVIDAD

La Civiltà Cattolica

diciembre 24, 2021

Share

En 1958, el destacado escritor alemán Reinhold Schneider escribió antes de morir: «En Edith Stein reposa una gran esperanza, una promesa para su pueblo y para el nuestro: que esta figura inigualable entre realmente en nuestra vida, que nos aclare lo que ella había entendido». ¿Qué es lo que había entendido esta mujer inigualable, nacida en Breslavia en 1891 en el seno de una familia de judíos ortodoxos, alumna favorita de Husserl y luego su asistente, convertida al catolicismo en 1922, religiosa carmelita en 1933 con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz, muerta en la cámara de gas de Auschwitz en 1942, y canonizada en 1998? Lo que había entendido nos lo revela su obra, sobre todo *Ciencia de la Cruz*, pero también, de manera más simple y sintética, el texto de una conferencia elaborado en la abadía benedictina de Beuron, durante las vacaciones navideñas de 1931: *El mensaje de la Navidad (Il mistero di Natale, Brescia, Queriniana, 1989)*<sup>[1]</sup>. El texto consta de una veintena de páginas de ritmo meditativo y contemplativo, impregnado del encanto de estar frente al Verbo hecho niño y apoyado en un compromiso amoroso por vivir en plenitud la *sequela Christi*. Un texto sin concesiones retóricas ni sentimentalistas, sino una intensa inmersión en un misterio que asombra y conmueve. Expondremos la idea de fondo con el fin de ayudar a nuestros lectores a vivir de manera más consciente el misterio de la Navidad.

La conferencia de Edith Stein se basa en una observación general: «Cuando los días se hacen cada vez más cortos, cuando en el curso de un invierno normal caen los primeros copos de nieve, los primeros pensamientos sobre la Navidad comienzan tímida y silenciosamente a aparecer. De esta simple palabra emana un encanto misterioso del que difícilmente un corazón puede abstraerse. Incluso los que profesan otra fe y los no creyentes, a quienes el antiguo relato del niño de Belén no les dice nada, preparan la fiesta y tratan de irradiar por aquí y por allá un rayo de alegría. Un cálido flujo de amor inunda toda la tierra semanas y meses antes de la fecha. Una fiesta de amor y de gozo, esta es la estrella hacia la cual *todos* acuden en los primeros meses invernales» (p. 23).

Pero para el cristiano – acota rápidamente Stein – la fiesta navideña tiene otro espesor; así lo indican los cantos y los textos litúrgicos del Adviento: «¡Destilen, cielos, desde lo alto, y las nubes hacen llover al Justo! ¡El Señor está cerca! ¡Adorémoslo! ¡Ven Señor, no tardes! Alégrate, Jerusalén, resplandece de gozo, porque tu Salvador viene a ti!». Siguen las grandes antifonas del *Magnificat* (Oh Sabiduría, Oh Adonai, Oh raíz de Jesé, Oh llave de la ciudad de

David, Oh Oriente, Oh Rey de las naciones) que claman el nostálgico y ardiente «¡Ven y sálvanos!», y, finalmente, el gozoso anuncio: «Hoy sabrán que viene el Señor y mañana contemplarán su gloria». Stein comenta: «Sí. Cuando en la noche titilan los árboles de Navidad e intercambiamos los regalos, una nostalgia insatisfecha nos sigue atormentando y nos impulsa hacia otra luz resplandeciente, hasta que las campanas de la misa de medianoche suenan y el milagro de nochebuena se renueva en los altares inundados de luces y de flores. “Y el Verbo de Dios se

Antes de adentrarse en el misterio de la Navidad, bajo la senda de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, Stein bosqueja una *compositio loci*: ver el lugar y los personajes del acontecimiento. Un pesebre y en él un niño. Nos arrodillamos y escuchamos «el latido de su corazón». Junto a él, su madre y José: *con la Madre de todas las madres / custodia al Niño Jesús* (E. Stein, *Nel castello dell'anima. Pagine spirituali*, Roma, OCD, 2003, p. 336). Luego los pastores, en cuyas manos el Niño derrama el rocío de la gracia, colmándolos de alegría. ¿Alguien más? Edith ve también a los reyes Magos (que «acuden al pesebre como representantes de quienes lo buscan desde toda la tierra y de todos los pueblos»: *ibid*, 427), los santos Inocentes, las *flores martirum*, las tiernas flores cogidas ante de su madurez por la realidad del sacrificio (*ibid*, 463); Esteban, «el protomártir, el primero en seguir al Señor a la muerte»; Juan, «el apóstol del amor».

«El Niño extiende sus pequeñas manos en el pesebre y su sonrisa parece expresar lo que dirá más tarde, cuando sea adulto, cuando sus labios pronuncien: “Vengan a mí los que están cansados y agobiados” [...]. Frente a ellos, la noche endurecida y la ceguera incomprensible: los escribas, que son capaces de dar información sobre el tiempo y el lugar en el que el Salvador del mundo debe nacer, pero que no deducen de ello ningún “¡Vamos a Belén!”, y el rey Herodes que quiere matar al Señor de la vida. Frente al Niño en el pesebre los espíritus se dividen. Es el Rey de reyes y el Señor de la vida y de la muerte, pronuncia su “¡Sígueme!”, y quien no está con él, está contra él. Lo pronuncia también para nosotros y nos pone ante la decisión de elegir entre la luz y las tinieblas» (p. 26 s).

La contemplación de la santa gruta nos conduce a la meditación del misterio navideño. Edith Stein lo resume de la siguiente forma: la Palabra se hizo carne y se encuentra en la figura de un Niño recién nacido. En él, la naturaleza divina y la naturaleza humana existen en perfecta unidad. «¡Oh intercambio admirable! El Creador del género humano nos concede su divinidad asumiendo un cuerpo. Para esta obra admirable el Redentor vino al mundo. Dios se convirtió en hijo de los hombres, para que los hombres pudieran convertirse en hijos de Dios. Uno de nosotros había roto el vínculo de filiación divina, uno de nosotros debía recomponerlo y pagar por el pecado. Pero ninguno de los descendientes de esta antigua progenie, enferma y bastarda, estaba en condiciones de hacerlo. Había que injertar una ramita nueva, sana y noble. Se convirtió en uno de nosotros, más aun, se hizo una sola cosa con nosotros» (p. 29 s).

La divinización del hombre mediante la encarnación del Verbo abre horizontes apasionantes y desafiantes. «Vino para ser un cuerpo misterioso con nosotros: es nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros. Si posamos nuestras manos en las manos del Niño divino y respondemos con un “sí” a su “Sígueme”, entonces nosotros somos suyos, y se libera el camino para que su vida divina pueda derramarse en nosotros» (p. 30). Edith esboza la riqueza, el esplendor y las exigencias de esta vida divina. De estas últimas señala tres, las más acuciantes. La primera, «ser una sola cosa con Dios», dejando que Cristo viva y obre en nosotros. La segunda, «si Cristo es la cabeza del cuerpo místico y nosotros somos los miembros, entonces nosotros somos miembros los unos de los otros y todos juntos somos *una sola cosa en Dios*, una vida divina». Esto significa que para el cristiano «nadie es ajeno», que el amor de Cristo no conoce límites, no falla nunca, no se repliega ante la fealdad o la inmundicia. La tercera, «caminar de la mano de

Dios, hacer la voluntad de Dios y no la propia, dejar en sus manos todas las preocupaciones y esperanzas, dejar de afanarse por uno mismo y por el propio futuro. Esta es la base de la libertad y de la alegría del hijo de Dios» (p. 34).

Para cumplir estas exigencias, «el divino Niño se ha convertido en el maestro y nos ha *dicho* lo que tenemos que hacer. Para impregnar la vida humana con la vida divina no basta con arrodillarse una vez al año frente al pesebre y dejarse llevar por el encanto de la noche santa» (p. 38). Es necesario transformar la vida en una plegaria continua, escuchar al Señor, alimentarse de él. «Es el pan vivo bajado del cielo». Quien logra hacer de este realmente su pan cotidiano, verá cómo se cumple diariamente en él el misterio de la Navidad, de la encarnación del Verbo» (p. 39). Si el Niño encuentra espacio y libertad en nuestra vida, se producirá en nosotros un cambio auténtico de mentalidad: seremos cada vez más sensibles en el discernimiento de lo que le gusta y le desagrada, porque Él nos dará su Espíritu «que nos enseña a todos la verdad».

Cuando Edith Stein compuso *El mensaje de la Navidad*, Hitler había reorganizado el partido nacionalsocialista y se preparaba para convertirse en canciller del *Reich* (llegaría a serlo en 1933). Su furia antisemita se difundía de forma espantosa, alimentada tanto por la publicación de su libro *Mein Kampf* (en el que definía al judío como «un parásito en el cuerpo de otros pueblos»), como por el periódico *Der Stürmer*, dirigido por Julius Streicher, visceral antisemita (la frase «los judíos son nuestra desgracia» es suya).

Edith Stein comprendió el trágico destino de su pueblo y el suyo propio, y al final del texto navideño escribió estas palabras: «Los misterios del cristianismo son completamente indivisibles. El que profundiza en uno, termina por tocar todos los demás. Así, el camino que parte de Belén continúa inexorablemente hacia el Gólgota, va desde el pesebre hasta la cruz. Cuando la Santísima Virgen presentó al Niño en el templo, le predijeron que su alma sería traspasada por una espada, que el niño estaba ahí para la caída y la resurrección de muchos y que sería signo de contradicción. Era el anuncio de la pasión, de la lucha entre la luz y las tinieblas, que se habían manifestado ya entorno al pesebre [...]. Sobre el esplendor luminoso que irradia el pesebre cae la sombra de la cruz» (p. 43).

Edith sufrió el holocausto, junto a su hermana Rosa, en 1942, en Auschwitz. Hoy, como ayer, sobre el esplendor del pesebre cae la sombra de la cruz, y en otras partes del planeta el martirio de la Iglesia continúa. Pero el niño del pesebre es el Resucitado. «El Hijo encarnado de Dios llegó a través de la cruz y la pasión a la gloria de la resurrección. Cada uno de nosotros, la humanidad entera, llegará con el Hijo del Hombre, a través del sufrimiento y la muerte, a la misma gloria». Estas son las últimas palabras de *El mensaje de la Navidad*.

[https://www.laciviltacattolica.es/2021/12/24/la-navidad-con-ignacio-de-loyola/?utm\\_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm\\_campaign=3c8cde117c-EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023&utm\\_medium=email&utm\\_term=0\\_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t\(EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023\)](https://www.laciviltacattolica.es/2021/12/24/la-navidad-con-ignacio-de-loyola/?utm_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm_campaign=3c8cde117c-EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023&utm_medium=email&utm_term=0_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t(EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023))



## LA NAVIDAD CON IGNACIO DE LOYOLA

Enrico Cattaneo

diciembre 24, 2021

Share

Íñigo estaba obligado a estar en cama en su castillo de Loyola, porque no podía sostenerse sobre una pierna. Algunos meses antes, en los muros de Pamplona atacada por los franceses, una bombardera se la había destrozado, y ahora, mal que bien (más mal que bien, a decir verdad), se estaba recuperando. Durante las largas noches invernales solía leer libros de caballería que excitaban su imaginación, pero en el castillo solo había un libro sobre vidas de santos y la *Vita Christi* (VC), de Ludolfo de Sajonia. Este último había sido un estimado escritor escéptico (nacido alrededor de 1295, muerto en Estrasburgo en 1377), inicialmente dominico, luego cartujo, prior de la Cartuja de Coblenza. Es el autor de una *Vita Jesu Christi ex quatuor Evangeliiis*, un poderoso comentario teológico-espiritual de los cuatro Evangelios, enriquecido por muchas citas a Padres de la Iglesia y autores espirituales del Medioevo<sup>[1]</sup>.

### *Una lectura crucial*

Íñigo leyó estos gruesos volúmenes en una traducción al castellano<sup>[2]</sup> y quedó profundamente impresionado. Él mismo dirá que esa lectura sería crucial para su conversión<sup>[3]</sup>. Corría el año 1521. Hoy, nosotros, mejor que en el pasado, nos damos cuenta de la importancia que la *Vita Christi* tuvo en la espiritualidad de Ignacio, al punto que es posible reconocer muchas huellas en sus *Ejercicios Espirituales* (EE)<sup>[4]</sup>, en especial en la contemplación de la Natividad (EE 111-117). Por eso, en pleno «año ignaciano», a 500 años de la herida de Pamplona<sup>[5]</sup>, queremos releer con Ignacio el comentario que Ludolfo hizo al capítulo 2 de Lucas, donde se narra la natividad de Cristo. El cartujo erudito sigue a la letra el texto evangélico, introduciendo poco a poco sus comentarios. Seguiremos los que pensamos pueden ser más útiles para nuestra meditación del misterio de Navidad.

## *El censo*

Lc 2, 1: «En aquella época, el emperador Augusto publicó un decreto ordenando que se hiciera un censo del mundo entero».

Ludolfo destaca que, «el mundo, antes perturbado, estaba en paz bajo el imperio de César Augusto. Cristo quiere nacer en ese tiempo, porque era conveniente que el nacimiento del rey pacífico y el príncipe de la paz, fuera preanunciado por la paz. Cristo buscó siempre la paz, amó a los amantes de la paz y de la caridad, enseñó la paz en su vida y la dejó como herencia a sus discípulos después de su partida» (VC I, 9, 1). Según Ludolfo, el censo no solo fue un medio para contar el número de habitantes, sino una forma para cobrar el tributo. Así, con tres actos, la autocertificación, la inscripción y el tributo, los judíos tuvieron que profesarse súbditos del Imperio Romano: «Por primera vez Judea se vuelve tributaria de los romanos, obligándose a pagar sus tropas» (VC I, 9, 2)<sup>61</sup>.

Lc 2, 4-5: «José, que era de la familia y del linaje de David, fue de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, a inscribirse, junto con María, su esposa, que estaba embarazada».

Comentario de Ludolfo: «Por ti, el Señor quiere inscribirse en un censo terrenal, para que tu nombre se inscriba en el cielo. Así te dio un ejemplo de perfecta humildad. Con ella nace el Señor, y con ella continuó hasta la muerte, en la que “se humilló a sí mismo, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2,8)»<sup>71</sup>. Ludolfo repara en la condición de María, que estaba embarazada: «De Nazaret a Jerusalén hay cerca de treintaicinco millas, y luego, bajando la pendiente de Jerusalén hacia mediodía durante cinco millas se encuentra Belén<sup>81</sup>. La Virgen, aunque estaba cerca del parto, no estaba agobiada por el viaje, tocaba la tierra ligeramente: la luz que llevaba en ella no podía pesarle» (VC I, 9, 4).

## *Pobres entre los pobres*

Lc 2, 6-7: « Y ocurrió que, mientras estaban allí, a ella le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la habitación».

Ludolfo observa: «Como eran pobres, no pudieron encontrar alojamiento, debido a la gran cantidad de gente que había concurrido por el mismo motivo. Ponte en el lugar de la Virgen, mira a esa delicada joven de quince años, agotada por el largo viaje, moviéndose en medio de los hombres con pudor, buscando un lugar para descansar y sin poder encontrarlo» (VC I, 9, 6). Al final, María y José encuentran refugio en un lugar de paso, «dentro de la ciudad, cerca de una de las puertas, bajo una roca cóncava que no tenía techo. Los hombres que iban a la ciudad por algún negocio, solían dejar ahí a sus animales» (ibid).

Aquí actúa José: «Él, que era carpintero, debió haber hecho un pesebre para el buey y el burro que habían llevado consigo: un burro para que la Virgen embarazada pudiera ir sobre él, y un buey, acaso para venderlo y pagar con la recaudación el tributo de José y el de la Virgen, y para tener con qué vivir» (ibid)<sup>91</sup>.

### *El hijo primogénito*

A continuación Ludolfo explica cómo debe entenderse el que María diera a luz a «su hijo primogénito»: «En este caso, primogénito no hace referencia a uno que sigue, sino a la privación respecto a uno que precede, porque no había tenido ninguno antes de él. Todo unigénito, dice Beda, es primogénito; y todo primogénito, en cuanto tal, es unigénito. Y como el Hijo de Dios quiere nacer en el tiempo de una madre según la carne, para poder adquirir muchos hermanos para el nuevo nacimiento del Espíritu, era mejor decir primogénito que unigénito» (VC I, 9, 7).

El parto tiene lugar «a medianoche del día del Señor, cuando “la noche estaba en la mitad de su curso” (Sab 18,14), porque en el mismo día en que dijo: “Sea la luz. Y hubo luz” (Gen 1,3), el Señor nos visitó como “luz que viene de lo alto” (Lc 1,78)» (VC I, 9, 7). «Nació de noche, pues llega oculto, para conducir a la luz de la verdad a quienes estaban en la noche del error» (VC I, 9, 8). Apenas nació, «la madre lo adoró inmediatamente como Dios, y lo envolvió ella misma en paños simples y usados, y lo recostó no en una cuna de oro, sino en un pesebre, entre los animales arriba indicados, el buey y el burro» (VC I, 9, 7). Comenta Ludolfo: «Mira la enorme pobreza e indigencia de Cristo: no solo no tuvo una casa propia donde nacer, ni siquiera tuvo un alojamiento conveniente y cómodo, sino que fue necesario meterlo en un pesebre por falta de espacio. Así se confirmó el dicho: “Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lc 9, 58). Así descansó el Señor: primero, en el seno de la Virgen; segundo, en un vil pesebre; tercero, en el patíbulo de la cruz; cuarto, en un sepulcro que no era suyo. ¡Mira cuánta indigencia y qué lugares para descansar!» (VC I, 9, 7).

Lc 2, 8-9: «Había en esa región unos pastores que pasaban la noche en el campo cuidando sus rebaños y vigilando por turnos. Se les apareció un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz».

Ludolfo se pregunta: ¿Por qué el ángel se apareció a los pastores y no a otros? «Primero, porque eran pobres, y Cristo venía por los pobres, como dice el salmo: “Por la miseria de los indigentes y el gemido de los pobres” (Slm 11,6). Segundo, porque eran sencillos, como se lee en Proverbios: “Su conversación es con los sencillos” (Pr 3,32). Tercero, porque estaban vigilantes, como se dice en Proverbios: “Los que vigilan en la mañana por mí me encontrarán” (Pr 8,17)» (VC I, 9, 12).

Lc 2,10-11: «El ángel les dijo: “¡No teman, porque les anuncio una buena noticia que será una gran alegría para todo el pueblo! Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor».

Belén, aun siendo una pequeña ciudad, era «la ciudad de David» y en ella habían tenido lugar acontecimientos importantes. Ludolfo se complace enumerándolos: «Belén, ciudad pequeña, mínima, abrió el paso a la patria del paraíso. Primero fue llamada *Efrata* (cfr *Gen 48,7*). Ahí hubo una hambruna (cfr *Rt 1,1*), después de la cual vino una gran abundancia, y entonces fue llamada *Bet-lehem*, es decir, “casa del pan”. Ella, “no es la más pequeña entre las ciudades de Judea” (*Mt 2,6*), pues es excelente en dignidad, porque en ello tuvieron lugar muchos acontecimientos significativos antes de la venida de Cristo. Ahí fue ungido David (*1 Sam 16,13*), se celebró un sacrificio solemne (*1 Sam 16,2*), ahí se celebró el matrimonio entre Rut y Booz (*Rt 4*). Estas tres cosas prefiguran la unión de la divinidad con la humanidad, el verdadero sacrificio y el reino inmutable. Luego Belén conoció la alegría por la venida de Cristo. ¿Quién podría valorar dignamente el gozo de los ángeles que alababan a Dios, de los pastores que vieron al Señor, de los reyes magos que lo adoraron y de todos los pueblos que creyeron en él? Pero Belén, tras el nacimiento de Cristo, conoció también el martirio, cuando Herodes mandó matar a los niños» (VC I, 9, 22).

A continuación, Ludolfo explica el significado del término «Cristo»: «*Christòs* en griego equivale a *unctus* en latín: en el Antiguo Testamento solo eran “ungidos” [es decir, consagrados con la unción sagrada] los reyes y los sacerdotes; ahora Cristo es Rey y Sacerdote, y por se lo llama justamente Cristo, es decir, ungido, no con una unción humana, sino divina, porque en la humanidad asumida por nosotros fue ungido [es decir, consagrado] por Dios Padre, más aun, por toda la Trinidad, con plenitud de la gracia» (VC I, 9, 12).

### *El signo del Niño*

*Lc 2,12*: «Y esta será la señal para ustedes: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre»

Comenta Ludolfo: «*Encontrarán*, como quien está escondido, *un niño*, como quien no habla, y sin embargo es la Palabra de Dios; *envuelto en pañales*, no en vestidos de seda, signo de su pobreza; *acostado en un pesebre*, no en una cuna de oro, signo de su humildad, porque aun siendo el Señor de los señores, se rebajó hasta nacer en un pesebre para animales. Cabe notar que los pastores eran simples, pobres y humildes, o sea, despreciables; y para que no tuvieran temor de acercarse, se les dio el signo de la infancia, de la pobreza y de la humildad de Cristo. Estos son los signos de la primera venida de Cristo, pero los signos serán diferentes en su segunda venida» (VC I, 9, 12).

*Lc 2,13-14*: «De pronto se unió al ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios exclamando: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres amados por él”».

Ludolfo leía en el texto latino: «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», es decir, «a los que acogen con buena voluntad a Cristo nacido y no lo persiguen. Porque “no hay paz para los impíos” (*Is 2,22*), mientras que “hay paz abundante para los que aman tu ley, Señor” (*Slm 118,165*). En efecto, para el Papa León, la verdadera paz del cristiano consiste en no separarse de la voluntad de Dios y en sentir el gozo en las cosas de Dios. Estar en paz con

Dios consiste en querer lo que manda y no querer lo que prohíbe. Así, pues, la paz se anuncia a los hombres de buena voluntad, es decir, a los hombres buenos» (VC I, 9, 14). «Está bien dicho *gloria a Dios y paz a los hombres*: en efecto, por medio de Cristo el Padre ha sido glorificado y la paz reina entre Dios y el hombre, entre el ángel y el hombre, entre el judío y los demás gentes» (ibid).

Lc 2,15-16: «Cuando los ángeles regresaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “¡Vayamos a Belén a ver lo que ha sucedido, y que el Señor nos ha dado a conocer!”. Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño recién nacido acostado en el pesebre».

«*Ve, tú también, a ver al Niño*»

Ludolfo nos invita a cada uno de nosotros a tomar el papel de los pastores: «Ve tú ahora a ver el Verbo hecho carne por ti, arrodíllate, adora al Señor tu Dios, saluda con respeto a su Madre y San José. Besa, pues, los pies del niño Jesús, acostado en el pesebre, y ruega a la Virgen que te lo entregue o te permita tomarlo. Tómalo y mécelo en tus brazos. Mira atentamente su rostro, bésalo con respeto y deléitate en lo más hondo de tu corazón. Puedes hacerlo, te lo aseguro, porque ha venido precisamente por los pecadores, para salvarlos; con ellos ha tratado humildemente y se ha dado a ellos finalmente como alimento. El Señor, que es bueno, permitirá pacientemente que lo toques, y no lo considerará una presunción, sino amor. Pero hazlo siempre con reverencia y temor, porque es el Santo entre los santos. Luego devuélveselo a su madre, y observa con atención la diligencia y sabiduría con que lo amamanta y lo trata, y hace otras tareas. Debes estar listo para servirlo y para ayudarla si puedes» (VC I, 9, 20).

En este punto, no podemos dejar de citar a Ignacio de Loyola, que escribe en sus *Ejercicios Espirituales*: «Ver a nuestra Señora y a José y al niño Jesús después de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible; y después reflexionar en mí mismo para sacar algún provecho» (ES 114).

En conclusión, Ludolfo retoma los énfasis de la liturgia de Navidad: «Debes meditar con alegría la grandeza de la solemnidad de este día. Cristo ha nacido hoy, y este es realmente el día del nacimiento del Rey Eterno y del Hijo del Dios vivo. Hoy, “nos ha nacido un niño, un Hijo nos ha sido dado” (Js 9,6). Hoy, el “Sol de justicia” (Mt 4,2), antes escondido por las nubes, ha salido y brillado con claridad. Hoy, “el esposo” de la Iglesia, Señor de los elegidos, “salió de su tálamo” (Slm 18,5). Hoy “el más bello entre los hijos de los hombres” (Slm 44,3) ha mostrado su rostro anhelado. Hoy ha brillado para nosotros el día de nuestra redención, de la antigua reparación, de la felicidad eterna. Hoy la paz nos ha sido anunciada a nosotros, los hombres, como canta el himno angélico. Hoy, como canta la Iglesia, toda la tierra y los cielos destilan miel. Hoy “apareció la bondad y la humanidad del Salvador nuestro Dios” (Tim 3,4)» (VC I, 9, 26).



Una característica del comentario de Ludolfo es que termina cada capítulo con una oración, de estilo coloquial, cuyo contenido viene sugerido por el pasaje evangélico meditado<sup>101</sup>. Esta es la que pone al final del capítulo sobre la Navidad: «Dulce Jesús, tú que naciste humilde de una humilde sierva, tú que quisiste ser envuelto en humildes paños y acostado en un pesebre, concédeme, por tu inefable natividad, clementísimo Señor, que renazca en mí la santidad de una nueva vida. Haz que vista humildemente el hábito del estado religioso, de manera que, tomando seriamente mi regla de vida, como si estuviera recostado en un pesebre, pueda alcanzar la cumbre de la verdadera humildad. Y tú, que te dignaste participar de nuestra humanidad y muerte, permíteme ser partícipe de tu divinidad y eternidad. Amén» (VC I, 9, *oratio*).

Copyright © La Civiltà Cattolica 2021  
Reproducción reservada

1. Ludulfus de Saxonia, *Vita Jesu Christi ex Evangelio et approbata ab Ecclesia Catholica doctoribus sedule collecta*, Parisiis – Bruxellis, Societas Generalis Librariae Catholicae, 1878, voll. I-IV. ↑
2. La del franciscano Ambrosio Montesino (finales del siglo XV). Fue la reina Isabel quien pidió esa traducción, para regalarla a los miembros de la corte. Probablemente así es como es gruesos volúmenes acabaron en el castillo de Loyola. De acuerdo a los expertos, la de Montesino fue una traducción bastante fiel. ↑
3. Cfr Ignacio de Loyola, s., *Autobiografía*, nn. 5-6: «Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar “de caballerías”, al sentirme bien pedí que me dieran algunos para pasar el tiempo. Pero en esa casa no se halló ninguno de los que yo solía leer. Así me dieron un “Vita Christi” – Vida de Cristo – y un libro de la vida de los Santos. Leyéndolos muchas veces, algún tanto me aficionaba a lo que allí estaba escrito». ↑
4. Par más información sobre Ludolfo y la influencia que tuvo su *Vita Christi* en Ignacio, véase E del Río, *Ludolfo de Sajonia, La vida de Cristo*, I-II, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2010. ↑
5. «Este año ignaciano durará 14 meses, desde el 20 de mayo de 2021, fecha de la herida de Ignacio en la batalla de Pamplona, hasta el 31 de julio de 2022, fiesta de San Ignacio en el calendario litúrgico. El tema de la conversión está, pues, vinculado a la experiencia del fundador de la Sociedad. Es “gracias” a su herida que el caballero Ignacio se vio obligado a una larga convalecencia durante la cual pudo reflexionar sobre su vida, sobre el sentido que su vida había tenido hasta entonces y sobre el sentido que podría tener más adelante» (de la *Carta del Prepósito General Arturo Sosa*, 3 de octubre de 2019). ↑
6. Esto lo constata Ignacio, que escribe en EE 264: «Ascendió José de Galilea a Belén, para conocer la sujeción a César con María su esposa y mujer ya embarazada». ↑
7. Ignacio retoma esta perspectiva en EE 116: «mirar y considerar lo que hacen [la Virgen y José], así como es el caminar y trabajar, para que el Señor naciera en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí». ↑
8. De esta y otras muchas pistas se puede deducir que Ludolfo visitó Tierra Santa. Ignacio aprendió de él la observación de los lugares. Cfr EE 112: «será aquí con la vista imaginativa ver el camino desde Nazaret a Belén, considerando la extensión, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino». ↑
9. Ignacio se inspira claramente en Ludolfo cuando escribe EE 111, donde menciona también al buey: «y será aquí cómo desde Nazaret salieron nuestra Señora grávida casi de nueve meses, como se puede meditar piamente asentada en una asna, y José y una ancila, llevando un buey, para ir a Belén, a pagar el tributo que César echó en todas aquellas tierras». La mención de la «ancila» (sierva) parece pertenecer a Ignacio, porque Ludolfo no la menciona, e incluso cita un pasaje de Crisóstomo que la excluye: «El que es pobre, que encuentre aquí consuelo: José y María, la madre del Señor, no tenían ni sierva ni esclava. Vinieron solos desde Galilea, desde Nazaret. ¡No tenían caballo! Ellos mismos son señores y siervos. ¡Una novedad! Entran en una vivienda, no en la ciudad. La pobreza, que se mueve tímidamente entre los ricos, no se atrevió a entrar en ella» (VC I, 9, 7). ↑

10. También Ignacio, en sus *Ejercicios*, sugiere terminar la meditación con un «coloquio», descrito de la siguiente manera: «El coloquio se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; a veces pidiendo alguna gracia, a veces culpándose por algún mal hecho, otras comunicando sus cosas, y queriendo consejo en ellas» (EE 54). ↑

[https://www.laciviltacattolica.es/2022/12/09/el-nacimiento-de-jesus-segun-el-evangelio-de-lucas/?utm\\_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm\\_campaign=3c8cde117c-EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023&utm\\_medium=email&utm\\_term=0\\_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t\(EMAIL\\_CAMPAIGN\\_22\\_12\\_2023\)](https://www.laciviltacattolica.es/2022/12/09/el-nacimiento-de-jesus-segun-el-evangelio-de-lucas/?utm_source=La+Civilt%C3%A0+Cattolica+ES&utm_campaign=3c8cde117c-EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023&utm_medium=email&utm_term=0_91b80bb7cd-3c8cde117c-589009461&ct=t(EMAIL_CAMPAIGN_22_12_2023))

## EL NACIMIENTO DE JESÚS SEGÚN EL EVANGELIO DE LUCAS

Giuseppe De Rosa

diciembre 9, 2022



La natividad de noche, Geertgen tot Sint Jans (1490)

Share

En la convicción de que Juan el Bautista es el «precursor», Lucas, antes de hablar del nacimiento de Jesús, habla del nacimiento de Juan (*Lc* 1,57-80). El texto se divide en dos partes: la primera (*Lc* 1,57-66) relata el acontecimiento del nacimiento; la segunda (*Lc* 1,67-79) refiere el *Benedictus*, el canto de alabanza de Zacarías. El versículo final (*Lc* 1,80) alude a la vida de Juan, transcurrida en el desierto hasta su aparición a orillas del Jordán como «bautizador».

*El nacimiento de Juan el Bautista. El «Benedictus»*

Mientras tanto, llegó el momento de que Isabel diera a luz: y dio a luz un hijo. Los parientes y vecinos se enteraron y fueron a alegrarse con ella por la gran bondad y misericordia que el Señor le había mostrado. Espontáneamente, quisieron poner al niño el nombre de su padre, Zacarías, pero Isabel se opuso, diciendo que el niño se llamaría Juan (*Jêhô-hânân*, Dios es misericordioso), como le había dicho el ángel a Zacarías en el Templo. Entonces se volvieron a

Zacarías, para que – puesto que era él, en tanto padre, quien debía dar el nombre al hijo – indicara cómo quería llamar al niño. Tras pedir una tablilla encerada, Zacarías escribió en ella: Juan, obedeciendo a lo que, en nombre de Dios, le había dicho el ángel, a pesar de la costumbre de imponer el nombre del padre al recién nacido.

En ese momento cesó el castigo de Zacarías, la sordera y la mudez, y este pudo elevar su cántico de alabanza a Dios, mientras los que escuchaban se quedaban estupefactos y se preguntaban qué sería del pequeño Juan, pues la «mano de Dios» estaba con él desde el primer momento de su vida. De hecho, a la pregunta: «¿Quién será este niño?», su padre responde con el cántico *Benedictus Deus*. Este se divide en dos partes y contiene un elogio (canto de alabanza) y una profecía. Es importante señalar que Zacarías habla bajo la acción del Espíritu Santo: por tanto, la alabanza a Dios y la profecía proceden del Espíritu divino que actúa en él.

En primer lugar, alaba a Dios – el Dios de Israel – porque ha «visitado» a su pueblo y lo ha «redimido» y «salvado», dándole un «poderoso Salvador», es decir, el Mesías, en la casa de David. De este modo, Dios, el Bendito, ha cumplido lo que había anunciado por boca de los profetas: que libraría a Israel de sus enemigos y le mostraría misericordia, según la promesa hecha a Abraham. Así, el canto de alabanza de Zacarías es una expresión de júbilo mesiánico, ya que, al «suscitar» al Mesías, Dios ha cumplido todas las promesas hechas en el pasado: promesas de «salvación» de los enemigos y de «liberación» de sus manos, para que el pueblo de Israel, liberado del temor de sus enemigos, pueda servir a Dios «en santidad y justicia» todos los días.

La segunda parte del *Benedictus* (Lc 1,76-79) es una profecía sobre el futuro de Juan: será profeta, pero con un carácter especial. De hecho, tendrá la misión de ser el «precursor» de Dios, es decir, el que tendrá que preparar el camino para la venida del Señor, como dice el profeta Malaquías: «Yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino delante de mí. Y en seguida entrará en su Templo el Señor que ustedes buscan; y el Ángel de la alianza que ustedes desean ya viene, dice el Señor de los ejércitos (Ml 3,1). Por eso Juan, el «profeta del Altísimo», será el «precursor» de Jesús, el Hijo del Altísimo, pues preparará el camino a Jesús, dando a conocer la salvación, que consiste en el perdón de los pecados y que será dada a los hombres por la «luz de lo alto», es decir, por el Mesías. Será esta «luz de lo alto» la que iluminará a los que viven en las tinieblas de la ignorancia y del pecado – y, por tanto, «en la sombra de la muerte» – y les ayudará a encontrar el «camino de la paz». En realidad, los bienes mesiánicos son el perdón de los pecados, la salvación, la luz y la paz.

El relato del nacimiento de Juan se cierra con una alusión a la vida de Juan el Bautista hasta el momento de su aparición a orillas del Jordán, como predicador de la penitencia y como bautizador: «El niño iba creciendo y se fortalecía en su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se manifestó a Israel» (Lc 1,80). El desierto es el lugar más propicio para el encuentro con Dios. Es, pues, en el desierto, es decir, en un modo de vida austero y penitente, donde, bajo la acción del Espíritu Santo, Juan se prepara para su futura misión. ¿Formaba parte, de alguna manera, de la comunidad de Qumrán? Algunos exégetas así lo han especulado. Pero no hay pruebas que lo confirmen.

Desde el punto de vista de la fe cristiana, lo importante es el *acontecimiento* del nacimiento de Jesús en Belén<sup>[1]</sup> en tiempos de César Augusto. En cambio, las condiciones históricas en las que nació Jesús son menos importantes. Por eso, en el relato evangélico del nacimiento de Jesús hay que distinguir entre el hecho histórico del nacimiento en Belén en tiempos de César Augusto, el modo en que se produjo el acontecimiento del nacimiento y la fórmula narrativa con que lo expresa el evangelista.

El hecho de que Jesús nazca en Belén, es decir, en la ciudad de David, demuestra que es descendiente de David y cumple la profecía de Miqueas de que el Mesías saldría de Belén. El hecho de que Jesús nazca en tiempos de César Augusto vincula este nacimiento con el imperio romano y con el hombre más poderoso de su tiempo – el emperador César Augusto –, a quien se concedió el título de Salvador del mundo. Con la mención de César Augusto, se abre un horizonte tan vasto como el mundo: el nacimiento de Jesús, el verdadero «Salvador del mundo», aunque haya tenido lugar en una oscura aldea de Judea, concierne no sólo a Israel, sino a todos los hombres, judíos y paganos, a «todos los pueblos» que viven bajo el dominio de César Augusto.

La concepción virginal de Jesús tuvo lugar en Nazaret, después de que María diera su «sí» al ángel. ¿Por qué, entonces, el nacimiento tuvo lugar en Belén de Judá? Lucas explica este hecho por la llamada de César Augusto a hacer un censo de todo el imperio: «En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba la Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen» (*Lc 2,1-3*).

Las fuentes históricas no dicen nada respecto de este censo sobre el mundo habitado – el «ecúmene», nombre utilizado para indicar el imperio romano –, que habría tenido lugar en tiempos de Augusto<sup>[2]</sup> y habría sido encomendado por él, ni tampoco parece que con tal ocasión la gente hubiese tenido que ir a empadronarse a su propia «ciudad», como escribe Lucas. Por otra parte, Flavio Josefo escribe que efectivamente se realizó un censo en Palestina, encomendado por el gobernador P. Sulpicio Quirino, pero tuvo lugar después del nacimiento de Jesús, hacia el año 6 d.C., cuando Jesús tenía 11-12 años, habiendo nacido en la época del rey Herodes, que murió a finales de marzo o principios de abril del año 4 a.C. Por tanto, o bien se trataría de una inexactitud histórica por parte de Lucas, o bien del hecho de que Lucas y Flavio Josefo se refieren a momentos diferentes de un censo que se prolongó durante muchos años<sup>[3]</sup>.

Lucas prosigue: «Cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen. José, que pertenecía a la familia de David, salió de Nazaret, ciudad de Galilea, y se dirigió a Belén de Judea, la ciudad de David» (*Lc 2,3-4*). Belén no era la ciudad natal de José, sino el lugar de origen de su tribu, donde probablemente tenía alguna propiedad familiar: se entendería mejor, entonces, el viaje a Belén. Pero a Lucas no le interesan estos detalles: lo que le importa es que Jesús, a través de José, es de ascendencia davídica y que, con su nacimiento en Belén, se cumple la profecía de Miqueas: «Y tú, Belén [...] de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel (*Mi 5,1*). José emprende el camino a Belén para ser censado

«junto con María, su esposa, que estaba embarazada». José acoge a María en su casa y la conduce con él a Belén. Lucas no dice por qué José actúa así: tal vez piensa que el censo también concierne a las mujeres.

El acontecimiento del nacimiento de Jesús se expresa en muy pocas palabras: «Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue (Lc 2,6-7). El evangelista no dice que María y José fueran rechazados, ni que no se hicieran los preparativos adecuados para el nacimiento, ni que José hiciera nacer al niño en extrema pobreza, ni que el lugar del nacimiento fuera una cueva, ni que el pesebre tuviera forma de cesta, ni que el nacimiento tuviera lugar a medianoche y en pleno invierno. La piedad popular ha puesto un enorme énfasis en estos aspectos del nacimiento de Jesús, que Lucas no menciona.

Lo que el evangelista quiere subrayar es, en primer lugar, el hecho de que el niño que María da a luz es «el primogénito»<sup>[4]</sup> y, por tanto, está «consagrado al Señor» según la Ley (Ex 13,12; 34,19) y es «grande» ante Él (Lc 1,32). El hecho de que el niño esté envuelto en pañales y acostado en un comedero – los hogares judíos de la época de Jesús estaban divididos en dos partes: una habitada por la familia, y la otra, en caso necesario, destinada a los animales; de ahí la presencia de un pesebre – indica, por un lado, el cuidado con que se trata al niño (los niños eran envueltos en pañales, para que sus miembros permanecieran rectos) y, por otro, prepara la visita de los pastores que, según el plan divino, encontrarían «un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre» (Lc 2,12).

Pero, ¿dónde estaba este «pesebre»? Lucas explica que la razón por la que el niño Jesús fue colocado en un pesebre fue que para José y María «no había lugar para ellos en el albergue» (*en tō katalumatī*) (Lc 2,7). Pero, ¿qué era un *kataluma*? ¿Un albergue público o un alojamiento privado? Es muy poco probable que en una pequeña aldea apartada hubiera un hospedaje; lo más probable es que se tratara de un alojamiento privado en el que pernoctar en caso de necesidad. En cualquier caso, no había lugar adecuado en él para un bebé y su madre. Por lo tanto, el pesebre en el que fue acostado Jesús debía de estar en una casa, parte de la cual se utilizaba para alojar animales. Pero lo que Lucas quiere subrayar es que, a pesar de los esfuerzos de José por encontrar un lugar más acogedor, el nacimiento del Mesías, el Hijo de Dios, tuvo lugar en la incomodidad y la estrechez, en la humildad y el ocultamiento: en una condición que marcaría toda la vida de Jesús y formaría parte de su misterio. De hecho, la pregunta que plantea un nacimiento tan extraño es: ¿quién es este niño y qué será de él en el futuro? La respuesta la da Dios con el anuncio angélico a los pastores.

### *El anuncio celestial a los pastores*

En las cercanías de Belén, unos pastores velaban de noche por su rebaño contra los ladrones<sup>[5]</sup>. Desde Pascua hasta principios de diciembre, pasaban la noche a la intemperie, turnándose para vigilar. Fue en una de estas vigilias nocturnas cuando un ángel del Señor se les apareció y la gloria del Señor los envolvió en luz. Les invadió un gran temor, pero el ángel les dijo: «No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Y esto les servirá de señal: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y junto con el Ángel, apareció de

pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él!” (Lc 2,10-14).

El primer anuncio del nacimiento de Jesús se da a un campamento nocturno de pastores. ¿Por qué a los pastores? Muchos piensan que la elección de los pastores como primeros destinatarios del anuncio del nacimiento de Jesús se debe a la condición humilde y despreciada de los pastores en el mundo judío, ya que Dios elige a los pobres y despreciados para enriquecerlos con sus dones. En realidad, es cierto que los pastores constituían una categoría social pobre en la época de Jesús, pero no es seguro que fueran especialmente despreciados por el trabajo que realizaban, es decir, por conducir a las ovejas a pastar a tierras ajenas. Fueron los rabinos de Jerusalén quienes les acusaron de falta de honradez, entre otras cosas por su aversión a criar ganado menor.

Probablemente se eligió el ambiente pastoril para el primer anuncio del nacimiento de Jesús porque les recordaba a David, que en la misma Belén había cuidado el rebaño de su padre Jesé y había sido ungido rey de Israel por el profeta Samuel (1 Sam 16,11; 17,15). En otras palabras, los pastores recordaban la naturaleza mesiánica de Jesús, «hijo de David». Y es este motivo teológico – más que la historicidad del acontecimiento – lo que a Lucas le interesa destacar.

La aparición del ángel y de la «gloria», es decir, el esplendor y la majestad de Dios, que los llena de luz en la oscuridad de la noche, asusta a los pastores, hasta el punto de que antes de anunciarles el nacimiento de Jesús el ángel debe tranquilizarlos, diciéndoles «No teman». A continuación, les da el anuncio, que será motivo de «gran alegría» – ¡alegría mesiánica! – para ellos y para todo el pueblo, al que está destinada la salvación: «Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor». El énfasis del anuncio se pone en la función que el recién nacido tendrá que cumplir, pero que ya comienza «hoy», ya está presente. Porque es el Salvador (*sôtér*) y, al mismo tiempo, el Cristo (Mesías) y el Señor (*Kyríos*). Su mesianidad y señorío serán de orden salvífico, y la salvación que trae – como mesiánica y divina – será definitiva. Su nacimiento en la «ciudad de David», Belén, acentúa su carácter mesiánico, y su condición de «Señor» subraya la universalidad de la salvación, que será para todos los pueblos, empezando por los judíos, que – representados en los pastores hebreos – son sus primeros destinatarios. Así, ya con el nacimiento de Jesús, la salvación mesiánica irrumpe en la historia humana: no hay que esperar al momento en que Jesús inicie su vida pública. El adverbio utilizado por el ángel «hoy» indica que con el nacimiento de Jesús, «el sol que nace de lo alto», Dios mismo ha «visitado» (Lc 1,68.78) a su pueblo.

*«Gloria in excelsis Deo»*

De pronto, al ángel que anuncia el nacimiento de Jesús se le une una multitud de ángeles: alaban a Dios por su «gloria», es decir, por su poder, por su esplendor, por su bondad para con los hombres, a los que Dios, al dar a Jesús, da la salvación, y su alabanza alcanza los cielos más altos, es decir, el mundo celestial donde Dios habita. Al mismo tiempo, alaban a Dios por la «paz» que Dios da a los hombres al darles a Jesús, ya que son objeto de la benevolencia divina. La «paz en la tierra», de la que hablan los ángeles, es la «paz escatológica», que no es sólo la eliminación de guerras y conflictos, sino la salvación plena al final de los tiempos, el perdón de los pecados y la paz

con Dios. «Paz» que es traída a los hombres por Jesús, «príncipe de la paz» (Is 9,5), y será dada a los «elegidos», es decir, a los que son objeto de la «benevolencia» divina, que es pura gracia, porque no se debe a la «buena voluntad» de los hombres, sino sólo a la «benevolencia» de Dios<sup>61</sup>.

### *La señal dada a los pastores*

A los pastores no sólo se les anuncia el nacimiento de Jesús, también se les da una «señal» para encontrarlo: «encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Es un signo singular, que contrasta fuertemente con la dignidad del niño, Salvador y Cristo Señor, pero que precisamente por su singularidad es un signo revelador: la venida de Dios a la historia humana no se realiza en el poder y la gloria, sino en la debilidad de un niño envuelto en pañales y acostado donde sólo puede yacer un pobre niño que no encuentra un lugar mejor para su venida al mundo: un pesebre para animales. Así, el signo de los pañales y del pesebre es la anticipación y prefiguración de la vida errante de Jesús y de su muerte humillante en la cruz.

Pero el pesebre tiene también la cualidad de ser un signo familiar para los pastores y facilitar así su búsqueda del niño cuyo nacimiento les había sido anunciado. Para personas acostumbradas a vivir en el campo, en contacto noche y día con los animales, habría sido muy difícil buscar y encontrar a alguien en una casa acomodada de la ciudad de Belén. En efecto, llenos de alegría, los pastores van a Belén para ver el acontecimiento que el Señor les ha dado a conocer, buscan y encuentran al niño, acostado en un pesebre, con su madre María y José. Una vez que lo han visto, cuentan lo que el ángel les ha dicho del niño, asombrando a todos los que les oyen. Y mientras ellos regresan a su rebaño glorificando y alabando a Dios por lo que han visto y oído, María, por su parte «conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19). Así, a la alegría de los pastores se contraponen la «meditación» de María sobre el «misterio», desconcertante para ella: un «misterio» sobre el que no terminará de meditar hasta el momento de la Resurrección. Sólo entonces, de hecho, se revelará el «misterio» de una vida que comienza en un pesebre y termina en una cruz. Lucas hace especial hincapié en esta «meditación» de María, casi como si quisiera pedir a sus lectores que se sitúen en actitud meditativa – y no con espíritu escéptico o crítico – ante los relatos de la infancia de Jesús, con la convicción de que sólo una reflexión «meditativa» puede desvelar el «misterio» de Jesús.

Así, para los futuros cristianos, la celebración de la Navidad debe asociar la «alegría» de los pastores por el nacimiento del «Salvador» con la «meditación» de María sobre el «misterio» del pesebre, que sigue siendo desde hace siglos un «signo» de Jesús, considerando que Dios, para su revelación, elige a los humildes y a los pobres y utiliza «signos» humildes y pobres.

### *«Se le puso el nombre de Jesús»*

José y María son fieles a la Ley judía, que exigía circuncidar al niño a los ocho días de nacer. Y, en efecto, Jesús es circuncidado; pero lo que más importa a María es poner al niño el nombre que el ángel le señaló: Jesús. Ciertamente,

la imposición del nombre se hace de mutuo acuerdo entre María y José. Sin embargo, Lucas subraya el papel de María, que para él, en los relatos de la infancia, es preeminente sobre el de José en todo lo que concierne al niño Jesús. Que ahora lleve el nombre que Dios quiso para él – en el mundo judío, el nombre indica una misión – significa que a partir de ahora llevará a cabo la obra de Dios, es decir, la «salvación de los hombres», que es lo que significa el nombre «Jesús» (Dios es salvación).

### *La profecía de Simeón sobre el destino de Jesús*

Según el Levítico (12,2-8), tras el nacimiento de un hijo varón, la madre era considerada «impura» durante siete días. Durante otros 33 días tenía que permanecer en casa y no podía realizar ninguna acción cultual: al cuadragésimo día, tenía que ir al Templo de Jerusalén para «purificarse». Esto es lo que hicieron María y José. Lucas habla de la purificación de «ellos», pero para él la purificación se refería sólo a María. Sin embargo, no se le da mucha importancia. Lo que cuenta para Lucas es la «presentación» de Jesús: «Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor» (Lc 2,22). En realidad, ningún precepto de la Ley exigía que todo primogénito varón fuera llevado al Templo de Jerusalén. Podía ser «redimido» por cualquier sacerdote del país. La «presentación» del niño Jesús al Templo de Jerusalén recordaba al pequeño Samuel «presentado» por sus padres a Elí y «entregado al Señor» por su madre Ana «por todos los días de su vida» (1 Sam 1,25-28). De igual modo Jesús es consagrado a Dios. Por su «redención» ofrecen «un par de tórtolas o de pichones»: la ofrenda propia de los pobres<sup>17</sup>. Pero la «presentación» de Jesús en el Templo, que, en el pensamiento de María y José, sólo debía ser una «consagración» a Dios, es un momento de revelación profética de la persona y el destino de Jesús.

### *El testimonio profético de Simeón y Ana*

El anuncio celestial hecho a los pastores de que en la ciudad de David ha nacido el Salvador y Mesías para ellos y para todo el pueblo, recibe ahora una confirmación en el Templo de Jerusalén, es decir, en el lugar más sagrado de Israel: esto le da el máximo valor; tanto más cuanto que la confirmación procede del Espíritu Santo, que habla por medio de dos profetas: Simeón y Ana. Simeón – un nombre muy común – es presentado como un hombre «justo» y «piadoso», que esperaba «la consolación de Israel», es decir, la llegada de la salvación mesiánica, prometida por Dios a su pueblo. Era, pues, un hombre habitado por el Espíritu Santo, que le había predicho que no moriría antes de haber visto «al Cristo del Señor». Movido por el Espíritu Santo, fue al Templo cuando María y José llevaban allí al niño Jesús. Lo recibió en sus brazos a la entrada del Templo, antes de que tuviera lugar la ceremonia de «presentación», y bendijo a Dios. Es significativo que fuera un anciano quien reconociera en el niño Jesús al Mesías: en Simeón, el Antiguo Testamento desembocaba – o, mejor dicho, se cumplía – en el Nuevo; los oráculos proféticos del pasado se realizaban en las palabras proféticas de Simeón.

En efecto, Simeón eleva a Dios un cántico de alabanza, en el que le pide a Dios – a quien, en el espíritu de los piadosos del Antiguo Testamento, llama el Señor de quien es «siervo» – que le permita morir «en paz», es decir, con serenidad y alegría, porque se ha cumplido la promesa que le hizo el Espíritu Santo de que no moriría sin ver antes al



Mesías. Ahora, en efecto, en el niño de sus brazos, sus ojos han visto lo que – dirá Jesús un día – «muchos profetas y reyes quisieron y no vieron» (Lc 10,24): el cumplimiento de la salvación mesiánica definitiva, que Dios «ha preparado ante todos los pueblos», es decir, destinada a los judíos y a los gentiles. En primer lugar está destinado a Israel, del que el Mesías será la «gloria», es decir, en el que resplandecerá la gloria de Dios, por medio de Jesús; pero también está destinado a los pueblos, de los que Jesús será la «luz». De hecho, la «luz» del Mesías brillará sobre ellos, cuando, a través de la Iglesia, brille en sus ojos la «revelación» del Mesías, que les liberará de las tinieblas en las que se encuentran y les salvará.

### *El destino de Jesús y María*

Al escuchar lo que dice Simeón, María y José, llamados los «padres»<sup>[8]</sup> de Jesús, se asombran de lo que Simeón ha dicho sobre el niño: un «asombro» que debe inducirlos a «meditar», a reflexionar cada vez más profundamente sobre Jesús, la «gloria» de Israel y la «luz» de los gentiles. Pero su asombro aumenta cuando Simeón, después de haberlos bendecido, es decir, después de haber pronunciado sobre ellos un elogio, o sea, una alabanza a Dios por lo que les ha concedido y una alabanza a ellos por ser los padres del Mesías, comunica a María una revelación especial sobre el destino de Jesús y sobre su participación en ese destino, como «madre» del Mesías y, por tanto, particularmente vinculada a su suerte.

Simeón dice: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos» (Lc 2,34-35). Al decir esto, Simeón quiere afirmar que es disposición de Dios que Jesús venga al mundo para «caída y elevación de muchos en Israel»: que sea, para unos, piedra de tropiezo (y por tanto «caída»), y, para otros, «resurrección», es decir, instrumento de salvación. Así, todo Israel – «muchos», a la manera semítica, puede significar también «todos» – tendrá que tomar posición ante Jesús: para los que lo acepten será la «resurrección», es decir, la salvación; para los que lo rechacen será la «caída», es decir, la perdición. Ante Jesús todos tendrán que tomar una decisión: o con él o contra él. Nadie podrá escapar a esta alternativa. Por eso Jesús será un «signo» de «contradicción»: es decir, provocará una resistencia tenaz y una oposición activa. Según la voluntad de Dios, Jesús es un «signo» de salvación; pero, en la práctica, será un signo «contradictorio» que suscitará resistencia y oposición.

Esta «contradicción» no es querida por Dios, porque puso a Jesús como «signo de salvación», sino permitida por Él, para que «se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos», es decir, para que salga a la luz y se desenmascare el mal – oculto – que habita en lo más íntimo de «muchos» hombres. Así, ya en la infancia de Jesús, la pasión y la muerte en la cruz extienden su sombra.

Esta «contradicción», a la que se enfrentará Jesús, golpeará a su madre María como una «espada», en el sentido de que el alma de María será atravesada por el dolor más atroz. De hecho, la «espada» debe entenderse en sentido metafórico, no literal, como si María tuviera que sufrir el martirio. Simeón predice a María que participará de forma muy dolorosa en el sufrimiento de su hijo, el Mesías negado y rechazado, hasta el punto de ser condenado a una

muerte infame y dolorosa, de la que ella será testigo. El rechazo de Israel a Jesús después de la Pascua también traspasará el alma de María.

Junto al profeta Simeón, recordamos a la profetisa Ana – una viuda de 84 años, que sólo había vivido siete con su marido -, que nunca abandonaba el Templo y servía a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Justo en el momento en que Jesús es llevado al Templo, comienza a alabar a Dios y a hablar del niño, reconocido como el Mesías, de quien se esperaba la «redención» de Israel. Pero no se sabe nada de ella.

*«¿Por qué me buscaban?»*

Lucas cierra su relato de la infancia de Jesús con el regreso de María y José a Nazaret y la observación de que «el niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él» (Lc 2,40). Es decir, junto a su maduración física – «iba creciendo y se fortalecía», como los demás niños-, se produjo en Jesús un desarrollo interior, que no fue sólo de orden psíquico, sino esencialmente de orden «sapiencial», propiamente divino, pues «la gracia de Dios estaba con él» y guiaba su desarrollo interior, preparándolo para su futura misión. Un ejemplo de esta maduración «sapiencial» de Jesús lo ve Lucas en un episodio que ocurrió cuando tenía doce años, en la época en que un niño judío pasaba de la infancia a la juventud y a la edad adulta. Después de haber ido al Templo de Jerusalén para la fiesta de la Pascua, junto con María y José, a su regreso a Nazaret, Jesús no se unió a la caravana de parientes y conocidos, sino que se quedó en Jerusalén para escuchar lo que enseñaban los rabinos en el Templo y hacerles preguntas. Después de un día de camino, María y José lo buscaron entre sus parientes y conocidos. Al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén muy angustiados. Sólo al cabo de tres días «lo hallaron en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas», suscitando el asombro de quienes le oían «por su inteligencia y sus respuestas». Los padres de Jesús se llenaron de estupor al ver a Jesús sentado en el suelo con los discípulos de los rabinos, bastante mayores que él, y María, en un tono de fuerte reproche que delataba su angustia de madre, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados». Jesús les respondió: «¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?» (Lc 2, 48-49).

Estas son las primeras palabras que los Evangelios canónicos registran de Jesús. Son palabras desconcertantes, porque habla de Dios como «mi Padre», mostrando así que tiene la conciencia de ser el Hijo de Dios, y la conciencia de que su tarea en la vida – nótese el verbo *dei* (debo), que indica la obediencia de Jesús a la voluntad de Dios – es ocuparse de la misión que el Padre le ha confiado con total exclusividad, como hará en su vida pública. Esto supondrá una dolorosa separación de su familia. Pero esto vendrá después. Por ahora, Jesús permanece «sumiso» a sus padres. Así, todo permanece envuelto en un profundo misterio. María no comprende, pero atesora en su corazón las palabras de Jesús que, si bien pueden haberla herido como madre, sin embargo la ponen en el camino cada vez más arduo de la fe.

Con esta llamada a la fe, termina el relato de la infancia de Jesús y se abre un período de silencio en su vida, sobre el que se han hecho las inferencias más descabelladas – se dice que Jesús estuvo en Egipto, donde aprendió prácticas mágicas -, pero que en realidad fue el período en el que se formó el Jesús «judío».

Copyright © La Civiltà Cattolica 2022  
Reproducción reservada

1. Belén se encuentra a 8 km al sur de Jerusalén y significa «casa del dios *Lahamu*», no «casa del pan», que es una explicación de devoción popular. En el Antiguo Testamento se designa con más precisión como «Belén de Judá» (1 Sam 17,12), para distinguirla de Belén de la tribu de Zabulón (Js 19,16). ↑
2. Octavio, bisnieto de César, asesinado por Bruto y Casio (44 a.C.), formó primero un triunvirato con Lépido y Antonio; después, tras someter a Lépido (36 a.C.) y derrotar a Antonio (31 a.C.), quedó como único gobernante de Roma, que, bajo su mandato, pasó de ser una república a un imperio. Durante su reinado, el imperio vivió un largo periodo de prosperidad y paz, hasta el punto de que fue honrado por el Senado con el título de Sebastos-Augusto y *Sôtêr tou kosmou* = Salvador del mundo (inscripción de Pirene, cerca de Mileto). ↑
3. La cuestión es muy intrincada y ha dado lugar a una inmensa producción literaria, sin ninguna hipótesis de solución satisfactoria, a favor o en contra de Lucas. S. Grasso escribe: «No hay información de fuentes romanas o judías sobre un censo general en la época de Augusto; mientras que se sabe que el emperador inició la reorganización del sistema tributario que comenzó en 27/29 a.C. y terminó en 13 d.C. En conclusión, no hay registros exactos de un censo ordenado por Augusto en todas las provincias del imperio, pero la organización de censos por César en distritos individuales y en diferentes momentos es indiscutible. Todo esto correspondería a un plan general del emperador. Con toda probabilidad, este censo en Judea, como en todas las demás provincias del imperio, tuvo lugar en dos fases. En el primero estaba el registro de sujetos y objetos tributarios, y en el segundo la provisión oficial de impuestos. Es de suponer que entre estas dos fases transcurrió un largo periodo. Si éste es el procedimiento, sería explicable la contradicción entre Josefo, que informa de la noticia de un primer censo en Judea que tuvo lugar como hecho inaudito en el año 7 d.C. (Ant. XVIII, § 1.3-4.6), y el relato evangélico que describe el censo en el momento del nacimiento de Jesús: mientras Lucas se referiría al primer momento del registro de sujetos y objetos, el historiador judío aludiría a la fase siguiente, la de ejecución» (S. Grasso, *Luca*, Roma, Borla, 1999, 96). ↑
4. El término «primogénito» no significa que Jesús fuera el primero entre otros hijos de María, sino que quiere expresar la dignidad de Jesús que, como primogénito, según la Ley (Ex 13,12; 34,19) está consagrado a Dios. ↑
5. El hecho de que los pastores velaran al aire libre podría ser un indicio de que el nacimiento de Jesús no haya tenido lugar en invierno. Hay que recordar que el nacimiento de Jesús se sitúa el 25 de diciembre por razones simbólicas. Como ese día se consideraba el solsticio de invierno – en el que la luz empezaba a aumentar y, por tanto, el sol comenzaba a vencer a la oscuridad-, en 276 el emperador Aureliano instituyó la fiesta del *Sol invictus* el 25 de diciembre en honor de Mitra, el dios patrón de los soldados. Con la llegada del cristianismo, se pensó que el verdadero *Sol invictus* era Jesucristo, la verdadera Luz del mundo, que disipa las tinieblas del error y del pecado. Por esta razón, el 25 de diciembre se celebraba el *dies natalis*, el día del nacimiento de Jesús. ↑
6. La traducción «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (en *anthrôpois eudokias*), que se encuentra en la Vulgata de San Jerónimo, es una interpretación incorrecta, ya que une *eudokia* a la «buena voluntad» de los hombres. En realidad, *eudokia* significa la «benevolencia» de Dios hacia los hombres: una «benevolencia» que no se debe a la «buena voluntad» de los hombres, con la que Dios estaría complacido, sino que se basa en la libre elección de Dios, y se debe a su amor y a su gracia. Dios ama y salva a los hombres antes de que sean dignos de su amor y puedan merecer su salvación. ↑
7. Hay que señalar que en el pasaje de la «presentación» de Jesús en el Templo hay ciertos añadidos que un judío de nacimiento, bien informado sobre este rito, no habría considerado necesarios y, sobre todo, no habría caído en ciertas inexactitudes. Esto confirma que los relatos de la infancia de Lucas proceden, al menos en parte, de un trasfondo no palestino, sino judeohelenístico. ↑
8. Lucas no tiene reparos en utilizar el término *goneis* (padres) de Jesús, habiendo dejado claro anteriormente que José no es su padre: está seguro de que sus lectores entenderán en qué sentido hay que llamar a José «padre» de Jesús. ↑